

llo. Poco después cometió su segunda fechoría: robó dos caballos. Su tercera, cuarta y posteriores fechorías tendrían la misma marca. Con el tiempo se convertiría en el terror de los equinos mendocinos.

A pesar de ser muy joven era todo un profesional y no podía concentrar sus intereses en un solo rubro. Amplió su menú de delitos hacia el robo de ganado, en especial las vacas *Hereford* y *Shorthorn* traídas y criadas por los inmigrantes que formaban sus granjas en las afueras de la ciudad. Imaginemos *La Diligencia* con John Wayne o *El tesoro de la Sierra Madre* con Humphrey Bogart, y veremos este territorio donde fácilmente podemos filmar una secuela de *Mad Max*. En realidad se trata de la precordillera andina formada por valles desérticos, mesetas áridas surcadas por escuálidos riachuelos, donde el viento se estrella contra morros y cerros arcillosos, y más allá, al fondo, si el sol brilla y el día es claro, podemos ver las cumbres nevadas del Aconcagua.

Lo cierto es que el gaucho Cubillas deambulaba por estos pagos con el poncho al hombro, winchester a la bandolera y fajón en el cinto. Un día, después de robar varias cabezas de ganado a un hacendado de apellido Atkinson, fue sorprendido por uniformados mendocinos. El gaucho hizo frente a los oficiales descargando repetidas veces su winchester. Se atrincheró tras una enorme roca situada al pie de un cerro colorado y allí aguantó el tiroteo hasta quedar sin municiones. Después se rindió ante las oficiales, y fue a parar por vez primera a una cárcel en Tunuyán. Cubillas durmió una, dos, tres noches en aquella cárcel a la espera de un juez que venía de Mendoza. Pero el juez nunca llegó, o llegó tarde, demasiado tarde, pues a la cuarta noche Cubillas se fugó. Desde el primer día de su llegada había estado excavando un túnel que lo condujo a la parte posterior de la cárcel, donde abrevaban unos caballos desensillados. Montó a pelo uno de ellos y se adentró en los desiertos para iniciar una vida de prófugo. Iniciaba también su fama de gaucho Houdini, experto en fuga y evasiones.

¿Cómo es que Juan Francisco Cubillas, cuatrero de caminos, prófugo de la justicia, malevo del monte, pasa a convertirse en santo?

Fácil. Era un Robin Hood del Sur. Vaya un ejemplo: de las diecisiete vacas que robó al estanciero Templeman en el Valle de Uspallata, trece fueron a parar a casa de una mujer soltera, madre de cinco hijos, que vivía muy humildemente a las afueras de Mendoza. Otras dos fueron a dar a una escuelita polvorienta de Tunuyán, y dicen que cuando beneficiaba una res, invitaba a cuanto campesino se acercara para compartir un costillar asado en cruz y botijas de vino robadas en las bodegas de don Tibur-

cio Benegas. Además, manifestaba un amor tierno hacia los niños y cuando llegaba a un pueblo los levantaba en brazos, los besaba, jugaba con ellos, les hacía carantoñas. Tenía una conexión inmediata con los chicos y estos lo seguían a todas partes como perritos falderos. Cuenta la leyenda que Cubillas tuvo un solo y grande amor. Se trató de la joven esposa de un estanciero mendocino llamada Manuela, con la que sostuvo apasionados encuentros clandestinos. Cubillas y Manuela vivieron lo que podría llamarse un «amor de prófugos». El estanciero, heredero de varias hectáreas de tierra sembradas de vides, al enterarse de todo, obligó a su mujer a suicidarse con un vaso de arsénico. Cubillas jamás logró superar esto y deambuló por los desiertos haciendo fechorías, con el corazón enlutado. ¿Qué más conmovedor que un bandido amantísimo y enguayabado, delincuente generoso y ladrón queredor?

De villano a héroe, de maldito a santo. Igual que el gaucho Bairolletto (otro pillo santificado que vagabundeaba por los pagos de San Luis), Cubillas cuenta con su altar rodeado de flores, imágenes y ofrendas donde acuden los incondicionales y creyentes para pedir trabajo, curación a sus males y por supuesto, auxilio en los asuntos del amor. Si los teólogos hablan de *idolatría* (adoración a Dios) e *idulía* (adoración a los santos), creo el gaucho Cubillas viene a encarnar una «dulía pagana» o en todo caso malandra. De la misma forma que en Venezuela se rinde culto a famosos delincuentes de la década del sesenta y setenta a través de lo que se denomina «la corte malandra» o lo que algunos periodistas norteamericanos llamaron *gangster pantheon*. Allí están Tomasito, muerto en un atraco bancario con 132 tiros; Isabelita, presunta prostituta engañada; Johnny, muerto por deudas de drogas duras; Ismael, apuñalado en un ajuste de cuentas en el barrio, y muchos más. También los llaman Santos Calé y sus estatuillas los representan con gafas oscuras, revólveres, cuchillos y casi todos con *jeans* y camiseta, o a la manera de los jugadores de la NBA. La gente les pide por familiares presos, problemas con drogas, o para salir ilesos de tiroteos o enfrentamientos callejeros. En épocas en que ya los santos católicos parecen haber mermado en sus capacidades milagrosas, estos bandidos divinos quizás puedan curar al enfermo o poner a caminar al paralítico. En todo caso resulta más atractivo encenderle una vela a un cuatrero que seguir por tele los milagros de los pastores evangélicos que han expropiado cines y teatros tradicionales para promocionar iglesias en cuya entrada se lee: «Pare de sufrir». Un templo que lleve ese nombre, convengamos, no puede ofrecer nada serio.

Héroes que cometen fechorías, santos que no tienen nada de santos. Habrá que escribir un nuevo diccionario para incluir el perfil de estos seres de leyenda. Quizás el pícaro sea lo que más se le aproxime. Pero el menú ético del pícaro incluye zancadillas y burdas puñaladas trapearas, nunca el delito. El pícaro pertenece a la comedia y el bandido divino a la tragedia. Un Juan Francisco Cubillas o un Tomasito ejercen el delito con pasión romántica. Esto quiere decir, con crueldad y generosidad y salvajismo y nobleza. Una extraña mezcla que sólo la cultura popular puede absorber sin hacerse muchas preguntas.

El autor de *Las alegres aventuras de Robin Hood*, Howard Pyle, conocía muy bien las posibilidades de éxito de un relato donde la justicia se da vuelta a sí misma para legitimarse. «¿Qué es la justicia?», parece ser la pregunta que viaja en las flechas del personaje. El justo debe delinquir para legitimarse; el delito parece una forma de certificar la justicia. Vivimos épocas de constantes revisiones históricas, y detrás de éstas van las inevitables revisiones éticas. Un David Crockett puede ser héroe o villano de acuerdo desde qué lugar de la frontera se lo mire. Lo mismo ocurre con el pirata holandés Pier Pieterszons Hier y con casi todos los piratas. Hasta Anakin Skywalker, padre de Luke Skywalker, terminó siendo nada más y nada menos que el mismísimo Darth Vader. No me extrañaría ver al temible personaje de coraza negra compartir un altar globalizado, junto con Tomasito y el gaucho Juan Francisco Cubillas. A estas alturas, los prodigios, las maravillas y los milagros pueden llegarnos de cualquier parte. Al fin y cabo un gaucho milagroso puede emanar tanta luz como un santo guerrero de las Cruzadas.

El buen ladrón

Y ya que estamos hablando de malhechores, quería contar la historia de un ladrón arrepentido.

Ocurrió también en Mendoza hace pocas semanas. El sujeto (del que no sabemos la identidad pero que llamaremos Johnny) se presentó a altas horas, una noche de invierno, en la ferretería «Pico y pala» ubicada en el centro de la ciudad, provisto con una cizalla poderosa, con la que rompió la cadena y el candado que protegían la entrada del negocio. Sigilosamente se introdujo en aquel espacio repleto de fierros y comenzó a cargar con taladros, tornos, herramientas, repuestos y